



# EL IRIS

## PERIÓDICO QUINCENAL DE LITERATURA.

DIRECCION—ACUSTIN DE VIAL. — DISTRIBUCION—TODAS LAS INTELIGENCIAS LITERARIAS.

### El arrepentimiento.

Para nosotros la libertad del hombre es una fuerza, de toda duda; de ello tenemos una conciencia profunda, y cada paso que damos en la vida nos trae un recuerdo de esa creencia.

La predestinacion, filosofia muy antigua en épocas pasadas y que aun subsiste pero floreciente en algunas escuelas religiosas, nos parece un absurdo, como la inteligencia fué a caer por una excesiva credulidad, así una errada concepcion de la divinidad.

Los hombres al imaginarse á Dios no comprendian qué fuese compatible el libre albedrio del ente humano con la omnipotencia de aquel que hizo rodar el mundo al solo empuje de su poderoso brazo— Para ellos el criador era todo— la criatura un miserable insecto que se movia impedido por el soplo que veia de lo alto— El pié del hombre debia dirigirse en tal sentido, porque la ruta estaba señalada, marcados los puntos de descanso, como tambien la última estacion que el peregrino debería hacer para concluirse la jornada.

En una palabra, el hombre no era dueño de su voluntad, habia sobre él una fuerza de atraccion que absorbia su espontaneidad haciéndolo obedecer á una ley desconocida para él con una supremacia inquebrantable.

Si caía al abismo, estaba predestinado á ello, si se levantaba era con alas prestadas.

Pero por una inconsecuencia estraña, los teólogos ó filósofos que así pensaban, no dejan de hablarnos de virtud, crimen, sacrificio, gloria, mérito, demérito; piden coronas, altares, mármoles para unos; venganza, horcas, odio para otros.—sin parar la atencion en que la predestinacion quitando al hombre la libertad le quitaba toda responsabilidad y que sin merecerlo se le premiaba ó se le castigaba.

Gracias á la filosofia moderna, ella ha derrocado el imperio de la predestinacion como el del fatalismo y como el de tantos otros sistemas filosóficos que ponian en duda la libertad humana.

Ella que estudió al hombre por la conciencia, lo encontró libre, árbitro de su destino en la tierra, dueño de sus acciones y por lo tanto lo hizo imputable, y cuando despues de este estudio pasó al de Dios y concibió la libertad divina no encontró ninguna oposicion entre los atributos del Criador y del hombre, pudiendo ejercerse los unos y los otros sin chocar en sus respectivos esferas de movimiento.

Dicho esto, preguntaremos— el goce de la libertad ha sido siempre puro, exento de toda mancha, inspirado por la justicia, y libre de la influencia del mal?

Cada uno de nosotros puede responder á esta pregunta con solo leer la historia de sus propios hechos, con dirigir la vista al Renzo en que estan dibujadas sus acciones.

Allí en un extremo descubrirá un punto negro mas ó menos visible cuyo color fatidico le revelará algo malo, algo que le hará vibrar dolorosamente el alma y que como una gota de fuego caerá sobre el corazon.

Ese punto negro es el pecado que brota con el primer hombre y que se distingue al fulgor de la flamijera esperanza del anjel del paraíso, que se reproduce con esa asombrosa fecundidad que caracteriza todas las plantas venenosas en cada generación que se levanta y que como Proteo reviste diferentes formas para invadir, con la cuna de la inocencia, ora la mansion de la honradez ó el tabernáculo de la virtud.

El hombre ha abusado y abusa torpemente de la libertad— Como el niño que troza el mas bello regalo de sus padres, él troza por lo comun ese instrumento de grandeza y felicidad que regalóle natura, y de cierto que no habrá uno solo que arroje la piedra á la Magdalena, uno solo que no encuentre hez en el fondo del vaso en que bebe.

Pero si la libertad mal entendida, mal dirigida, es el origen de las caídas continuas de los hombres, tambien encontramos en el fondo del alma un secreto poder perdido entre sus pliegues, pero no por esto menos eficaz.

Es una especie de facultad, de poder divino del alma que yace oculto, y que como aquella lejon sagrada que en los ejercicios imperiales de Roma se presentaba á última hora en los momentos de turbacion y conflicto para recoger las águilas del polvo y coronarlas con la victoria, ella aparece para hacer volver al alma al camino del bien, para hacerla recuperar el campo perdido y emanciparla de la esclavitud del pecado precisamente en los instantes en que la virtud va pronunciándose en derrota dejando en su tránsito los fragmentos de mas de una esperanza.

Hablamos del arrepentimiento— Si con el mal empleo de la libertad pudo el hombre haber cometido muchos yerros y haber infringido continuas veces la ley natural, no por eso podemos decir que ese hombre encontrará todas las puertas cerradas para su regeneracion futura; afirmariamos una mentira si afirmásemos que todo estaba perdido, porque con el arrepentimiento le ha dado Dios una esponja con la cual pueda borrar las manchas de todo con que el pecado hubiese salpicádole el rostro.

Porque el hombre no es como ese aerolito que habiendo perdido su centro de gravedad rueda en el abismo sin poder jamas volver á tomar su primitiva posicion; él puede en la mitad de la pendiente pararse, estender su mano y encontrar un anjel que le saque del precipicio— ese anjel es el arrepentimiento.

Los griegos no comprendieron lo que era el arrepentimiento, de lo contrario, habrían erigido templo, lo habrían colocado en el número de sus divinidades.

Tampoco lo distinguimos en el panteon, al lado de Jupiter tonante; por otra parte era natural. — el fiero Dios no podia consentir la vecindad de una virtud tan modesta y tan pacifica: entre una nacion de soldados conquistadores habria sido un prodigio el culto del arrepentimiento.

Solo Jesucristo con su predicacion de paz y concordia; con su filosofia tan profunda, tan llena de amor y caridad fue el que habló de arrepentimiento, fue el que le quitó el desprecio que llevaba consigo y lo acotó con la dulzura y alegría que se le debe.

El que se arrepiente, se salva, nos ha dicho este divino maestro.

Y efectivamente, si el pecado es una carga, el arrepentimiento es un descargo que el alma hace y que la hace acreedora para entrar al gremio de donde se habia separado — El alma que se arrepiente es la que por una intalucion propia y por la influencia de la doctrina, ha vislumbrado el principio natural, háse convencido con los errores pasados, rompe su consorcio con el vicio y se lanza denodada á buscar su felicidad por la practica de la virtud, reparando el daño que habia hecho, con un verdadero heroismo.

Por que el arrepentimiento tal como lo entendemos no es un simple desco, una lijera impresion que cruza la frente del hombre como una exhalacion — no basta esto, como lo creen los místicos y algunos espiritualistas, para hacer olvidar una vida de desaciertos y purificar una atmósfera que el aire pestilento del pecado hubiese contaminado — no basta un *penitét me*, como lo creen algunos beatos para aproximar el lejano paraíso.

Nosotros creemos que se necesita algo mas que ese sudor medicado nervioso, que esa luz de luciérnaga que brilla y se apaga en la noche del alma.

El malcho mal es preciso remediario con mucho bien: una practica mala es preciso repararla con una practica de justicia, y si largo ha sido el camino que hemos hecho haciendo el mal, largo tambien debe ser el que recorramos para desagrar la naturaleza y extinguir hasta la última gota de amargura que haga padecer el alma.

Como esos peregrinos que van á la tierra santa á visitar la gruta de Behelem ó á mojar la frente en las aguas del Jordán con los pies descalzos, sobre una arena caldeada, con el objeto de purgar una falta, así pensamos que debe ser el arrepentimiento — un periodo de sacrificios, de obligaciones y de caridad.

La restauracion moral que así se obtiene es bien digna; entonces el arrepentimiento ennoblec á la criatura humana; podemos decir que hace otro hombre con los elementos del primero — y sería un crimen de la sociedad si ella acordándose solo de los pasados errores, negase un banco, un poco de agua ó rechazase con desprecio al hombre arrepentido que viniese á tocar á sus puertas.

Ahora bien, si el hombre en virtud del arrepentimiento logra salir de la injusticia para obrar en el sentido de la justicia y abandona la senda estraviada para tomar la recta, si como lo palpamos todos los días, él es capaz de cumplir el designio de la Providencia, designio que pudo olvidar en un momento de triste recuerdo — con que derecho la sociedad le aplica esos remedios violentos, cuando infringe la ley natural, como son las penas corporales, los azotes, la pena de muerte?

Ante todo declaramos que la sociedad no tiene el derecho de juzgar y castigar á los infractores de la ley natural, porque esta sancion pertenece á Dios.

La sociedad no puede juzgar á nombre de una ley que

no ha hecho y que comprende mal — le es imposible conocer el grado de moralidad que encierra una accion, la intencion que la ha guiado, ni la estension de las consecuencias que pueden surgir.

Si el alma con sus misterios, el corazón con sus múltiples sensaciones y la ley natural con la oscuridad que á veces la circunda, escapan á la penetracion humana, es claro que el juicio y pena de las acciones de los hombres solo á Dios compete.

Y la sociedad comete una injusticia y abusa de la fuerza bruta contra el derecho cuando se hace la *Nemesis* vengadora del ultraje que el individuo hizo á la ley de Dios.

Ella solo puede juzgar y castigar de un modo relativo en virtud de los derechos que le asisten por la direccion politica de que está encargado y á nombre del equilibrio social cuyo cuidado le pertenece.

Cuando esa direccion se encuentre estorbada por la interposicion de un malvado, y ese equilibrio sea roto por la invasion violenta de un elemento extraño, la sociedad como una providencia puede y debe poner en accion los recursos necesarios para apartar del camino el obstáculo puesto por el individuo debe; tratar de recomponer la máquina desquiciada y evitar ultimamente iguales incidentes que vengán á turbar la quietud de las familias.

He aquí la orbita en que la justicia humana debe girar: he aquí su única jurisdiccion: — reparacion del daño inferido, reduccion del culpable á la impotencia para la reincidencia en el pecado, y llamamiento de esa criatura enferma al arrepentimiento que debe sanarla.

Nacimos de esto, nos hallamos ya en otra atmósfera, en otro mundo donde nuestra razon descubre al lejislador supremo, única autoridad que tiene el derecho de juzgar y castigar absolutamente á los hombres, por que con él está la sabiduria, con él la omnipotencia, con él la prudencia y con él la misericordia.

Por consiguiente, sentadas estas premisas, y ocupándonos de aquel castigo que reune todos los demas, de aquel suplicio terrible que se llama la pena de muerte y que la mayor parte de las naciones conserva en sus codigos penales, no observaremos ninguna reticencia para llamarla un verdadero asesinato que perpetra la fuerza pública en el individuo, cuya debilidad no le permite luchar contra aquel enemigo poderoso.

Los pesimistas sin estudiar las diferentes circunstancias en que se encuentran el hombre aislado y la sociedad, sacan argumentos de la situacion del primero para justificar los derechos de la segunda al aplicar el último suplicio á los desgraciados delincuentes.

Ellos dicen — si el hombre tiene el derecho de matar al agresor en defensa propia, la sociedad á su vez tambien lo tiene para conservarse: ella es el agregado de muchos individuos y representa todos los derechos reunidos, todos los intereses concentrados, por consiguiente aun con mayor motivo al salir á la defensa de ellos puede aplicar la última pena usando para ello de una legitima soberania.

No, el individuo no tiene la triste facultad de derramar la sangre de sus hermanos, por que esa sangre no es suya, porque la vida que en ellos palpita no es una obra de sus manos, porque la llama que arde en el pecho del hombre le encendió Dios y solo á él es dado apagarla con arreglo á las leyes eternas que su voluntad debe observar.

El hombre tiene el derecho de vivir, de gozar de los placeres de la existencia, pero no creemos que este derecho le autorize para contestar con la muerte á cualquier ataque

que se le quiera inferir: solamente en el caso en que un malvado lo hiciere con la resolucion de acabar con sus dias si no dispusiese de medios con que pudiese desarmar á su adversario, si el socorro estuviese distante del sitio del combate, sino columbrase su salvacion sino con la muerte del enemigo, solo entonces, solo entonces, obligado por la desesperacion, tendria la dura necesidad de dar la muerte al contrario en defensa de la vida.

Así pues, la falta de recursos y la debilidad del individuo para alejar el peligro es lo que le autoriza para herir; pero la sociedad ni es debil ni le falta poder para quebrar el arma fratricida en las manos del agresor, por que ella dispone de la fuerza pública; por consiguiente, no puede pretender que la dura necesidad escuse el último suplicio á que de ordinario recurre.

El derecho que tiene el hombre para usar de la libertad no es tan lato que pueda estenderlo y emplearlo en daño de sí mismo; esto es, el hombre no puede ser libre para matarse: el suicida quebranta la ley de la naturaleza, peca contra Dios y merece un castigo.

La conciencia de la humanidad en todos tiempos no ha titubeado en reprobar el suicidio.

A los sepulcros de estos desgraciados siempre los ha marcado con un sello de ignominia, y cuando la humanidad así ha juzgado y señalado el suicidio es por que él no es una ley de la naturaleza, es porque el hombre no tiene el derecho de desgarrarse el seno ni de abrirse las venas — luego en la porcion de libertad que él ha cedido al ingresar á la sociedad politica no ha podido ceder un derecho que él mismo no tiene — La sociedad, pues, se ataca á sí misma al degollar á sus afiliados y se convierte en una tirania feroz.

Respecto á la cuestion de derecho, creemos que están vencidos los amigos de la pena de muerte; sin embargo aun se escudan en consideraciones de otro género — Sigamoslos á sus últimos atrincheramientos.

La pena de muerte, afirman ellos, es necesaria ó al menos útil para contener á los hombres malos en las consumaciones de sus crímenes, es la única viala imponente que tiene la sociedad para resistir los desbordos del vicio — ¡Cuantas veces el seco golpe de una cabeza que cae sobre las tablas del patibulo ó la detonacion de una descarga que parte el corazón de un malvado habrá hecho flaquear las piernas del hombre que se propone recorrer la escala del crimen!

¡Que espectáculo tan convincente para los corazones encallecidos en las practicas de la maldad, que ejemplo tan lleno de ensenanza! (Que terror tan saludable se apoderará de las almas á la vista de un cadáver que pende de una cuerda y que el viento sacude — Como Diógenes, exclaman, que fruta tan esquisita para la humanidad produce ese árbol!

Estamos muy distantes de encontrar verdad en estas reflexiones — El corazón del hombre no está templado del modo que lo pintan nuestros opositores — la sombra de la muerte no le asusta hasta el punto de abandonar las esperanzas de un lucro próximo por un temor lejano — Un malvado al saber la muerte de un compañero no siente si no una lijera conmocion que pasa sin dejar huellas y que por lo comun es de compasion — ¡Qué es un segundo de dolor comparado con años de placer! Qué le importa un apretón de garganta de un instante cuando su aliento se escapará á torrentes en muchos lustros de libertad, que puede gozar merced á su valor y astucia — El malvado repite, al resbalar por la pendiente del abismo lo que el

estudiante de Salamanca de Espronceda, « Goce yo al presente y el diablo me lleve despues ».

Las épocas en que los suplicios eran mas comunes y se repetian mas á menudo siempre se han distinguido por una asombrosa cifra de crímenes — Las leyes draconianas lejos de disminuirlos los han multiplicado y para verificar esta verdad no hay mas que ojear la historia.

El marques de Beccaria dice en su disertacion sobre los delitos y las penas: « Los castigos horrorizan mas á la humanidad por su duracion, que por su rigor momentaneo — Nuestra sensibilidad se conmueve mas fácilmente y de un modo mas permanente por una lijera impresion, pero reiterada, que por un violento choque, pero pasajero — El freno mas propio para contener los crímenes, no es pues, tanto el espectáculo terrible pero momentaneo de la muerte de un malvado, cuanto el continuo ejemplo de un hombre privado de su libertad y transformado de algun modo en bestia de carga, restituyendo á la sociedad por un trabajo penoso el perjuicio que le ha causado — Cualquiera que sea la impresion producida por la vista de los suplicios, nunca será bastante fuerte para resistir á la accion del tiempo y de las pasiones que borran muy prontamente de la memoria de los hombres, las cosas mas esenciales. »

Las palabras del ilustre filósofo italiano están empapadas de verdad, sus conceptos son un fiel trasunto de lo que es el corazón del hombre — La pérdida de la libertad es lo que hace crispas los nervios del malvado, es lo que paraliza su brazo, por que para él esta pérdida significa la muerte en la vida, la sombra en pleno dia, la esclavitud de accion cuando se tiene libre el pensamiento que todo lo recuerda, que todo lo embellece, cuando todo está perdido — que siente golpear las alegres olas del mundo en los muros de su cárcel y no puede lanzarse á ese mar para dejarse arrastrar por su corriente, que quiere cantar para olvidar, dormir para soñar y ni esto mismo se le permite por que un adusto carcelero le grita — « Silencio, arriba el pereroso. »

En la reclusion mas ó menos, pero no perpetua en lo que discrepamos con Beccaria, es en donde vemos el saludable ejemplo, el espectáculo aterrador para los malvados, para los mas habituados criminales.

Y tanto mas benéfico para la sociedad nos parece, este orden de castigos, que propiamente hablando no son tales, cuanto que por él se deja un ancho campo para que el culpable repare el daño causado, se rehabilite por el arrepentimiento y vuelva al seno de la familia que recibirá al redimido con la alegría con que recibe al que salió enfermo y regresa curado.

La pena de muerte apaga la existencia del hombre sin darle tiempo para que desbaga el mal hecho, sin permitirle que reflexione sobre su pasado, que se arrepienta de su pecado y abra sus ojos á la luz de la verdad y de la justicia, y ultimamente roba á una familia un padre, un hermano ó un hijo con una inflexibilidad barbara, con una crueldad brutal sin tener en vista que si el hombre es susceptible de purificarse, tiene derecho á vivir, á reintegrar la sociedad politica y la sociedad domésticas.

Algunas veces hemos visto á un delincuente condenado á muerte marchar al patibulo con el paso con que marcha un conquistador triunfante, hemos visto que su frente no está oscurecida por una sola nube ni que su corazón late con fuerza inusitada, por fin le hemos visto descubrirse el seno, señalar el costado del corazón, ser herido y morir.

Qué significa esa paz, esa calma imperturbable que acompaña á ese hombre al despedirse de las riberas de la vida, al separarse para siempre de los objetos de su afección?

O ese hombre está inocente y la sociedad comete entonces un crimen enorme ó ese hombre es un fanático que se cree mártir de la tiranía de los demás hombres aunque sea todo un malvado.

Ambas cosas pueden suceder por que ambas han sucedido ya, porque la pena de muerte aplicada por los hombres es como un instrumento cortante que colocamos en manos de un ciego para que segase las malas yerbas que crecen al lado de las buenas: entre los despojos encontraríamos malas y buenas — porque la pena de muerte es un castigo pronto, un choque violento que no deja ablandar la dureza de carácter, el fanatismo de los hombres.

Con la abolición de la pena de muerte y con un sistema de reclusión bien organizado, no nos espondremos á asesinar á inocentes y mandaremos á la mansion de Dios mas de una alma purificada por el arrepietimiento.

ELISEO F. GÜTES.

Montevideo, Octubre 5 de 1864.

## El bandido.

Prolem sine matre creatam....

(Continúa.)

VII.

En casi todas las novelas y dramas, el cura de aldea, ese pastor de almas sencillas é ingenuas, aparece como un santo barón, modelo de virtud y de caridad evangélica; así debiera ser y mucho nos alegraría poder reconocerlo como una realidad, pero salvo honrosas excepciones, debemos decir la verdad. — ese tipo es puramente ideal, el cura de aldea, es por lo general un ser egoísta, regalón, que no tiene otra mira que pasarlo bien y aumentar su fortuna. — Mereced al sentimiento religioso, tan desarrollado en los campos, los curas podrían hacer con éxito que nuestras poblaciones se modificasen y que se tranquilizasen amando la paz. Pero, desgraciadamente no se comprende así la misión sagrada del sacerdote, sea por falta de aptitudes, sea por otras causas mas desconsoladoras.

Entre nosotros el cura de los campos debiera ser un misionero ardiente del evangelio, que propagase sus máximas con ese lenguaje claro y sencillo de la verdad; debiera ser el huésped de todas las estancias, el consejero bondadoso, el predicador infatigable. mucho mas cuanto que el hábito religioso es un salvo conducto para penetrar en los bosques con toda seguridad y cruzar por entre bandidos, de manera que no se exige el martirio para llenar esta misión; basta la buena voluntad y la intuición religiosa.

Así pues, lejos de buscar un tipo ideal para mentir á nuestros lectores, les presentaremos la verdad, por desagradable que sea.

El grupo de ginetes cuya marcha dejamos descripta, habia llegado ya al pueblo inmediato y cruzado sus calles soportando las miradas de los curiosos. Una vez frente á la pequeña iglesia, cada uno apesó de su cabalgadura y los novios seguidos de la concurrencia, entraron al templo y se arrodillaron con devoción. — Al instante uno de esos seres, cuyo aspecto hipócrita, anuncia desde lejos al sa-

cristan, presentose interrogando lo que querian, á lo cual contestó Pascual que suplicaban al cura que celebrase la ceremonia de que ya estaba advertido — y el hipédo beato, haciendo una reverencia, desapareció por una de las puertas interiores, no sin haber antes echado sus miradas á la novia y á los demas muchachas, del modo mas disimulado y gazofo.

Mientras la comitiva nupcial oraba en el templo, en una de las piezas interiores pasaba la escena siguiente —

El reverendo cura, sentado en un sillón, bostezaba de la manera mas estrepitosa y estiraba sus brazos para sacudir la pereza y el entorpecimiento de la siesta que acaba de dormir. — Era este un hombre de regular edad, completamente obeso, porque sus mejillas, su abdomen, sus piernas y.... todo su cuerpo era una simétrica combinación de esferas, cuyas protuberancias ponian en conflicto la fuerza expansiva y la elasticidad de su piel; su cara colorada é informe, no dejaba ver sino con trabajo una diminuta nariz y sino fuese por el brillo de sus ojos, que marcaban donde debia estar la frente, no sabria el observador si esa cara estaba puesta en su órden regular ó al revés, pues un gorro negro cubria su cabeza, no dejando ver sus cabellos. En cambio de la pequeñez y falta de desarrollo en estas de sus facciones y cerebro, su boca, cuando se abria podia dar paso á un bocado mayor que el tamaño de aquel y sus afilados y blancos dientes, anunciaban á un ser dotado de los atributos necesarios para no dejar desairados y sin público activo á los productos del arte culinario, por complicados que fuesen; no se diria sino con injusticia, respecto al reverendo cura, que Dios dá bisecchos á quien no tiene muelas.

Como hemos dicho, se hallaba á la sazón, haciendo inauditos esfuerzos por arrojar de si los restos de somnolencia, que su siesta le habia dejado, y en esta actitud le sorprendió la entrada del sacristan.

— ¿Qué traes Perico? — gruñó de mal humor la paternidad, mirando á su ayudante, como á un impio que interrumpia su importante ocupación.

— Un casamiento, padre, y por cierto de una muchacha bonita, muy bonita — contestó con voz almirada.

— Ah! unos *quarango* que quieren casarse, — ¡que brutos! tanto apuro para eso — ¿Para qué querrán casarse?

— ¿Cómo? padre! — replicó el sacristan — para vivir en gracia de Dios.

— Para eso no es necesario casarse; yo no soy casado, pero vivo en gracia de Dios, *ergo*, bellaco, *non est necessarius*, latin que no te traduzco por ser mas claro que el vino que trajistes hoy, y entre paréntesis, Perico, mira que lo claro solo me gusta en latín; anda y dile á mi comadre Pancha, que ya es hora de que me sirva el chocolate, que estoy con una debilidad de Lucifer, y que no le dé por la claridad en ese tónico, — que quiero sustancia — *vollo substantiam*.

— Pero.... padre y los novios que esperan....

— Anda, hereje!.... ¿Quiéres que tenga fuerzas para levantarme de esta silla sin haber probado alimento? — Si estuviesemos en aquellos tiempos de piedad, en que el fuego y el anatema.... Anda! y no agraves tu conciencia con semejante pecado....

El sacristan aterrado por este apóstrofo, salió corriendo, — y el reverendo continuó hablando, consigo solo.

— Que esperen los del casamiento, pues aunque la ceremonia es productiva para la iglesia, no la han de hacer solos,.... seria nula *si parochi et dupliis desini presentia*

*testis*, *ergo* en nada se perjudica el tesoro de la iglesia con que me prepare antes.... Y su paternidad, con aire de profunda convicción, cruzó los brazos y dejó vagar la mirada que anunciaba ese estado de completo *farniente*, en el cual ni el alma fija la atención en una sola cosa, estado singular que solo es privilegio de ciertas organizaciones y caracteres, durante el que la vida animal solo se opera por la circulación de la sangre, y que en cualquiera otro ser racional, no podria producirse sino con la convicción de haber resuelto todas las cuestiones posibles de la vida.

Sin embargo este hombre era un ministro del altar; tenia á su libre disposición la conciencia de todos los habitantes de su diócesis; una palabra suya, murmurada al traves de la rejilla del confesionario, era mas que la ley, su boca podia abrirse para fulminar el anatema y la condenación eterna entre las llamas del infierno — ¡Mentecatos políticos! — vosotros temblais cuando un gobernante asume un poder irresponsable, diciendo que por santo que sea el hombre, libre de las formas que garantan al ciudadano, puede ser un despota, un tirano; ahí tenéis á la iglesia, ved como no se asusta del despotismo del clero, ved como confia en su virtud y le dá facultades extraordinarias para el mejor servicio divino, y sin embargo toda la diferencia está en que el despota político viste frac, tiene una mujer que puede pedirle misericordia y perdón, tiene hijos que enternezcan su corazón, tiene afecciones sociales, mientras que el despota sagrado, viste un hábito que lo aisla de los demas hombres, no tiene mujer que confunda con él sus afecciones con la franqueza de la castidad, no hay á su alrededor pequeños seres á los cuales haya visto crecer y haya oido llorar en la cuna, pudiendolos llamar hijos, — y por último divorciado de toda aspiración social, la sociedad se le presenta hostil. — En esta situación tan distinta, el despota político puede dar acceso á la piedad, y serlo solo en las resistencias políticas, pero el despota sagrado, ese egoísta reconcentrado, comprimido, en un peligro invisible, que no sabeis en que familia vá á estallar para injerir en ella el veneno de los odios y de la ruidad.

Pero ahoguemos nuestras reflexiones, y sigamos nuestra historia.

No tardó de satisfacerse el deseo que el reverendo cura manifestó para restaurar sus fuerzas — Una mujer, con paso mesurado y los ojos bajos, acrócese y presentandole una enorme tasa de chocolate humeante y un plato de tostadas.

— Vea vd. padre si está á su gusto — dijo — y colocó su carga sobre una pequeña mesa; despues tomando una servilleta que traia al hombro, la pasó al rededor de la barba del cura, con aire de unción, y asegurando sus estremos por atras del cuello, dejó al reverendo encorazado y á prueba de manchas — Un rayo de alegría brilló en los diminutos ojos de este, su pequeña nariz pareció ajitarse para no perder el aroma del líquido y su boca se dilataba de placer.

— Si, comadre — exclamó — ha de estar; vd. ha resuelto ya la cuestion de darme gusto en todo.

— Sea por amor de Dios — contestó la hipócrita beata, cerrando sus ojos y arqueando las cejas; despues cruzando sus brazos quedóse de pié en actitud de contemplar el techo.

— Sentese hija mia — balbuceó el cura con media tostada dentro de la boca — sentese, que no merece sino agasajo quien tan bien sirve á los ministros de Dios.

— Aunque no soy mas que una pobre pecadora, me llevo de orgullo en eso.

— El orgullo mundano es malo, pero el orgullo santo, el orgullo de sacrista, es diferente, dice bien.

La beata alzó sus ojos satisfecha y miró á su alrededor, con un modo que queria decir, soy dueña y señora de este recinto, con su contenido.

— Dígame Da. Pancha — continuó el obeso sacerdote — ¿estuvo vd. en lo de D. Juan?

— Si señor, y creo que todo va bien; — la presencia de ese mequetrefe en una familia piadosa, podia ser funesta, la niña Rosa, que es tan buena cristiana podia caer en las garras de ese monstruo impio....

— Si, si, no está bien la oveja cerca del lobo.... á un descuido del pastor puede ser devorada.

— Pero mis visitas han surtido efecto.... creo que al principio D. Juan renia con su mujer sobre el asunto.... pero el señor triunfa de los malvados y se vale á veces de una débil mujer....

— Demanera que....? — exclamó el cura sin disimular su alegría.

— El huésped peligroso, á quien se le ha hecho comprender que era la causa de los disturbios domésticos.... prepara su marcha....

— Alabado sea Dios!.... hija mia, la iglesia recupeará sus fieles, y fieles cuya bolsa está siempre abierta para nosotros.... *Te deum laudamus!*....

— Pasando á otra cosa....

Pero el diálogo se interrumpió con la entrada de Perico, el sacristan, que miró maliciosamente á la beata sentada al lado de su reverencia.

— Padre, dijo, los novios ven que va siendo tarde y piden que les haga el favor de despacharlos....

— Vamos allá, dijo el cura — levantandose con pesadez de su asiento y limpiándose los labios.

El lugar de la servilleta fué ocupado por un sobrepelliz con encajes, y una larga estola sujeta á su cuello; el sacristan encendiendo una vela, abrió la marcha.

En un instante el cura salmodió su latin, salpicó de agua á los novios, les leyó un párrafo de obligaciones y: *consumatum est* — dijo despachando á los fieles.

María y Jacinto, unidos ya por el amor y la bendición de sus padres, acababan de pagar á la sociedad el tributo de las fórmulas.

## VIII.

Como el campo donde Jacinto tenia sus ganados, era adyacente al de su suegro, y como la separación de María hubiese dejado el hogar de los viejos triste y yermo de consuelo, el rancho fué aumentado con una pieza mas, y celebró una sociedad en virtud de la cual, los rebafos de uno y otro se confundieron, para hacer comunes sus productos. — En virtud de este arreglo aquella familia, representaba el retono de aquellos mismos sentimientos de amor que le habian dado origen; cuando marchitados se veían en los dos ancianos, á quienes sin embargo ligaba aun esa íntima amistad que siempre permanece en las almas que se han amado de veras, revivieron bajo el mismo techo, en sus queridos hijos. — Dichoso el hogar donde tan puros sentimientos se conservan vivos, en la sucesión de las edades! Como el fuego sagrado en el templo de las vírgenes Vestales, siempre hay con ellos el calor del consuelo y la vida de la esperanza.

Habia transcurrido algun tiempo en esa vida tranquila y feliz, única que realiza la felicidad posible en este mun-



do; — el trabajo de nuestros hombres estaba correspondido abundantemente y era un reflejo de esa prosperidad las mejoras que ostentaba la casa en su exterior é interior; la comodidad y aun el adorno empezaban á hacer hechicera aquella agreste mansion; ya no eran Pascual y Jacinto unos pobres pastores que tuviesen ellos mismos que atender á los mas rudos trabajos, sino los propietarios que podian pagar peones, los que por otra parte se habian hecho necesarios por el procreo del ganado; — estos resultados que en otras partes ó no se obtienen nunca ó solo al fin de una existencia entera consagrada al trabajo, la habian obtenido nuestros paisanos en poco mas de cuatro años. — ¡Qué pueblos serian estos si la guerra civil no hubiese destruido todo lo que cayó bajo su terrible peso! Parece que en donde la sangre de hermanos enrojeció el suelo, la tierra retira su savia fecundante; al rededor de esas turbas fratricidas y sanguinarias, el cielo no desprende sus lluvias, la atmósfera no es sino un fluido glacial que ahuyenta las aves y marchita la yerba, ó un aire abrasado, como el aliento del infierno, que seca las fuentes y enciende los pastizales. — Alrededor de la escena de muerte de la guerra civil, no hay sino ruina y desolacion de los hombres, ruina y desolacion de la naturaleza. — Y todavia los falsos poetas, los estóltidos declamadores, dicen que la sangre de los heroes nunca es estéril, que ella fecundiza la tierra donde cae.

Oh! siglo bárbaro, vampiro monstruoso que absorbes la sangre inocente de los pueblos, las generaciones futuras no tendrán bastantes maldiciones para arrojar sobre tu recuerdo!

En la época que nos referimos, las furias que persiguen á la humanidad, forcejeaban por abrir las puertas del antro donde gruñan llenas de carnívora rabia, las fieras pasiones de partido; estaba decretado que la patria habia de ser prostituida, desangrada, destrorada y debía empezar el cumplimiento de ese fatídico destino, — y el primer verdugo debía ser el primer laureado.....

Era una hermosa tarde de verano; sentados á la puerta del hogar, donde el lector conoció á nuestros personajes, hallábanse estos tranquilos, conversando de sus trabajos y de sus esperanzas. Un nuevo ser, recién venido al mundo por la dicha de aquellos y estimulo de estos, se veia en los brazos de Maria, de cuyo seno bebía el liquido vivificador; el cuadro se habia embellecido; una madre amantando á su pequeño hijo, es á un grupo de familia, lo que es la linfa transparente para el paisaje, el suave destello de la luna para la eléctrica noche de verano, la cándida sonrisa para el rostro de la hermosa. Maria estaba encantadora; esa indescriptible expresion de la madre que siente en su seno la tierna presion de los límbos del niño, y el roce en su rostro de su inquieta manecita, resaltaba en la jóven, cuya hermosura se hallaba en ese período de mayor desarrollo.

Juliana estaba rejuvenecida con el sentimiento de la maternidad reproducida en su hija y Pascual con el placer de tener un chiquillo para acariciar y que le sonriese á sus caricias — Tal era la actitud de nuestros personajes, cuando Maria fijando su vista en el horizonte, exclamó:

— ¿Qué gente será aquella que viene, allá... lejos? y señaló con la mano la línea de la tierra lejana que como una pared circundaba el valle.

Pascual fijó su atencion hacia el punto indicado y después de un rato, dijo con acento triste:

— Una partida de gente armada!....

— Habrá habido algo?... preguntó Jacinto — ¿Será la policia que persigue algun malhechor?

— No, es gente de guerra — contestó el veterano — veo flamear las banderolas coloradas de sus lanzas.

— ¡Dios nos asista! — exclamó Juliana — ¿Qué, ya tenemos guerra otra vez?

— Que querés hija — si todos fuésemos gitanos no sucederia eso...pero...; hay tanto picaro!....

Maria escuchaba todo y como su inocencia no le dejaba comprender que significaba esto y sobre todo que tenia que ver la guerra con ellos, se mostraba indiferente.

— Pues la partida viene para acá — dijo Jacinto que distinguia ya la direccion del grupo que se veia á lo lejos.

— Es verdad! — afirmó Pascual.

Empezaba á oirse en efecto las pisadas de los caballos y al instante pudo distinguirse á cada una de las personas que se aproximaban.

— ¡Miren quien habia sido!.... exclamó de pronto el veterano — ¡El alferéz Pedro Nolasco!.... Juliana, hay que preparar buena cena, es un amigo....

No tardó mucho en que la partida estuviese á media cuadra del rancho; compusiese de un oficial y seis soldados, armados todos de sable y lanza; llegados allí, aquel ordenó hacer alto y echar pié á tierra, hecho lo cual, entregando su caballo al cuidado de uno de los de su comitiva, encaminose al rancho, encontrandose con Pascual, que en ese objeto se habia adelantado; ambos se abrazaron con la mayor muestra de satisfaccion.

X.

(Continuará).

**William Shakespeare.**

POE VICTOR HUGO.

Traducción del francés.

(Concluye.)

IX.

En 1597, Shakespeare perdió á su hijo que no dejó otro rastro de su pasaje en este mundo que este renglon del registro de la parroquia de Stratford sobre-Avon: — 1597, Augul. 17: *Mannet filius William Shakespeare.* El 6 de Setiembre de 1601, John Shakespeare, su padre, habia muerto, y William habia conseguido ser jefe de su compañía de cómicos, Jacobo 1°. le dió en 1607 la explotación de Black-Friars, y después el privilegio del *Globo*. En 1613, Madama Isabel, hija de Jacobo, con el elector palatino, rey de Bohemia, cuya estatua se vé en el ángulo de la torre de Heidelberg, asistieron en el *Globo* á una representación de *la tempestad*, pero esas apariciones reales no lo salvaban de la censura del Sr. Chambelán. Cierta interdiccion pesaba sobre sus piezas, cuya representación era tolerada y la impresion muchas veces prohibida. En el tomo segundo del registro del *Stationers' hall*, puede leerse hoy todavia en el márgen del titulo de tres piezas: *Como os guste, Enrique V, Mucho ruido para nada*, esta mención: « 4 de agosto, se suspende... » Se ignoran los motivos de estas suspensiones. Por ejemplo, Shakespeare, sin dar lugar á reclamacion alguna, puede haber puesto en escena su aventura cuando era cazador furtivo haciendo de sir Tomas Luy un grotesco, el juez *Shallow*, mostrando al público Talstaff matando un venado y castigando á la gente do *Shallow*, y llevando la semejanza del retrato al estremo de prestar á *Shallow* las armas del mismo Tomas Luy, atrevimiento aristofanesco de un escritor que no habia le-

do las obras de Aristófanes. Falstaff, en los manuscritos de Shakespeare, era escrito *Falstaffe*.

Entretanto llegó á gozar de alguna comodidad, como sucedió mas tarde con Molière: hacia el fin del siglo era bastante rico para que un amigo suyo llamado Rye Quincy le escribiese (el 8 de octubre de 1598) una carta pidiendole un socorro y con este sobre: *á mi amable amigo y compatriota William Shakespeare.* Negó el socorro, segun parece, devolviendo la misma carta hallada mas tarde entre los papeles de Fletcher y en cuyo márgen el mismo Rye Quincy habia escrito estas palabras: *¡histrio! ¡mima!*

Shakespeare tenia mucho cariño á su aldea, donde habia nacido, donde murió su padre; donde habiase enterado á su hijo. Compró en ella ó hizo edificar una casa á la cual dió el nombre de New-Place. Decimos que compró ó hizo edificar una casa, porque segun Witherill la compró, y segun Torbes la hizo edificar; á ese respecto Torbes disputó mucho con Witherill; esas chicanas de eruditos proposito de nada no valen la pena de ser profundizadas, sobre todo cuando se vé al P. Harcoiden darse tanto trabajo con las obras de Plinio para concluir por sustituir *nos pridem* con *non pridem*.

X.

Shakespeare iba de cuando en cuando á su casa de Stratford sobre-Avon. En esos viajes encontraba á medio del camino la ciudad de Oxford, en Oxford el Hotel de la Corona, y en el Hotel la dueña del establecimiento, bonita é inteligente, la mujer de Davenant el fondero. En 1606, la fondera dió á luz un varon que fué llamado William, y en 1644 William Davenant, creado caballero por Carlos I° escribia á Ford Rochester: *sepa vd. en honor de mi propia madre que soy hijo de William Shakespeare; y lazo que lo unia á Shakespeare era el mismo que en nuestros dias unia á Mr. Lucas Montigny con Mirabeau. Shakespeare casó sus dos hijas, Suzana con un médico y Judith con un comerciante; Suzana no carecia de lindos dotes, Judith no sabia leer ni escribir y firmaba haciendo una cruz.*

En 1613 Shakespeare, estando en Stratford sobre Avon no tuvo mas gana de volver á Londres. Tal vez no estará bueno el estado de sus negocios, pues se habia visto en la necesidad de hipotecar su casa. El acta de hipoteca, con fecha 11 de Marzo de 1613, y firmado por Shakespeare, existia todavia en el siglo pasado en casa de un procurador que lo dió al actor Garrick, pero Gurrick lo perdió con el manuscrito de Forbes y sus cartas en latin, segun lo contó su propia mujer, la Sa. Violetti. Desde aquella fecha, Shakespeare se quedó en su casa de New-Place, ocupado con su jardin, olvidando sus dramas y cultivando sus flores. Plantó en aquel jardin la primer morera que se vió en Stratford; igualmente la reina Isabel usó en 1561 las primeras medias de seda que se vieron en Inglaterra.

El 25 de Marzo de 1616, viendose enfermo, hizo su testamento. El testamento, dictado por él, está escrito en tres páginas; puso su firma en la primera, solo firmó con su nombre, William, en la segunda: Willm Shaspr, en la tercera: William Shasp. — El 23 de abril, murió. Tenia en aquel mismo dia 52 años, pues nació el 23 de abril de 1564. En aquel mismo dia, 23 de abril 1616, murió Cervantes, genio de la misma altura. Cuando murió Shakespeare, Milton tenia ocho años, Cornelle diez; Carlos I y Cromwell eran dos jóvenes, uno de diez y seis años, el otro de diez y siete.

La vida de Shakespeare se llena de amargura, pues vivió constantemente insultado, como lo patentiza el mismo. Hoy puede leer la posteridad en sus versos mas intimos esto

mismo: « Mi nombre es difamado, mi naturaleza rebajada; tengén piedad de mí, mientras que, sumiso y paciente, estoy bebiendo el vinagre ». (*Soneto III*). — « Vuestra compasion borra la mancha que á mí nombre hacen los reproches del vulgo ». (*Soneto 111*). — « No puedes honrarme con un favor público, por miedo de deshonrar tu nombre ». (*Soneto 36*). — « Mis debilidades son espaldas por censores mas fragiles aun que ya mismo ». (*Soneto 121*).

Shakespeare tenia cerca de él un envidioso en permanente, Ben Jonson, poeta comico mediocre cuyos *débuts* habia favorecido. Shakespeare tenia 39 años cuando murió la reina Isabel. Aquella reina de Inglaterra no habia hecho caso de él, habiendo reinado 44 años sin saber que existia Shakespeare, sin embargo la historia la calificó de *protectora de artes y letras etc.* Los historiadores de la vieja escuela dieron certificados iguales á muchos príncipes, aun á aquellos mismos que no sabian leer.

Shakespeare, perseguido como lo fué mas tarde Molière, buscaba como este cierto apoyo y proteccion del amo-Shakespeare y Molière tendrian hoy el corazon mas elevado. El amo era entonces Isabel, el rey Isabel, como dicen los Ingleses, Shakespeare glorificó á Isabel, calificándola de *Virgen estrella, astro del Occidente*, y (apellido de diosa que le agradaba mas) *Diana*; todo esto fué en vano. La reina no le hacia caso, y quedó menos atenta á las lesiones de Shakespeare que á las injurias de Escipion Gentilis que, tomando la pretencion por el revers, la trataba de *Hecates*, dirigiendole la triple imprecacion de los antiguos: *Morsus! Bomba! Gorgo!*

En cuanto á Jacobo I°, que Enrique IV llamaba *Maestre Jacobo*, este dió, es cierto, el privilegio del *Globo* á Shakespeare, pero no dejó de prohibir á veces la publicacion de sus obras. Algunos pocos contemporaneos, entre ellos el Dr. Simon Forman, se preocuparon de Shakespeare al punto de notar especialmente una noche pasada en la funcion del *Merceder de Venecia*. Solo en esto consistió la gloria de que gozó Shakespeare durante su vida, y después de muerto volvió á entrar en la oscuridad.

Desde el año de 1640 hasta el de 1660, los puritanos prohibieron el arte y cerraron los teatros; bajo el reinado de Carlos II resultó el teatro, pero sin Shakespeare. El mal gusto de Luis XIV habia invadido á la Inglaterra. Carlos II era de Versalles mas bien que de Londres. Tenia por querida á una francesa, la duquesa de Portsmouth, y por amiga íntima á la caja del rey de Francia, Clifford, su favorito, que jamas entraba en la sala del parlamento sin escupir antes, decia: *Mas vale para mi amo ser virey bajo un gran monarca como Luis XIV, que esclavo de 500 súbditos ingleses insolentes.* Aquel tiempo no era el de la república, en que Cromwell tomaba el titulo de *Protector de Inglaterra y Francia*, y obligaba á ese mismo Luis XIV á aceptar la calidad de *Rey de los Franceses*.

En aquel tiempo de la restauracion de los Estuardos, Shakespeare acabó por ser olvidado del todo; á tal extremo que su pretendido hijo, Davenant, volvió á hacer ó arreglar sus dramas. No se representó otro *Macbeth* sino el *Macbeth* de Davenant. Una sola vez habló Dryden de Shakespeare, y eso fué para declarar *fuera de uso*. Lord Shaftesbury lo calificó de *espíritu pasado de moda*. En aquel tiempo, Dryden y Shaftesbury eran dos oraculos. Dryden, católico convertido, tenia dos hijos camareros del Papa Clemente XI, hacia tragedias dignas de verse traducidas en versos latinos, como lo prueban los exametos de Atterburg, y finalmente era el criado de ese Jacobo II,

quien, antes de ser rey, preguntó á Carlos II su hermano: ¿Por qué no haces colgar á Milton? El conde de Shaftesbury, amigo de Locke, era aquel hombre que escribió un ensayo sobre la ironía en las conversaciones importantes, y que, según el modo como el canciller Hyde servía una ala de pollo á su propia hija, advino que esta era casada en secreto con el duque de York.

Habiendo aquellos hombres sentenciado á Shakespeare, no había mas que decir. La Inglaterra, país mas obediente de lo que se cree, olvidó á Shakespeare. Un individuo cualquiera echó abajo su casa, New-Place. Un doctor Cartrell, reverendo, cortó y quemó su morera. Al principio del siglo XVII, el eclipse fué total. En 1707, un tal Nahum Tate publicó un *Rey Lear*, avisando á sus lectores « que había sacado la idea de ese drama en no se sabe que autor, que había leído por casualidad ». Aquel no se sabe quien era Shakespeare.

En el año 1728, Voltaire trajo de Inglaterra á Francia el nombre de Uill Shakespeare; pero en lugar de Uill, pronunció Gil (1).

Empezó el ridículo en Francia, y siguió el olvido en Inglaterra. Lo que había hecho el Irlandés Nahum Tate para el *Rey Lear*, otros lo hicieron para otras piezas. *Toda está bien si concluye bien* tuvo dos arregladores: Pilon para Hay-Market, y Kemble para Drury-Lane. Shakespeare ya no existía. *Mucho ruido para nada* también sirvió dos veces de canavá, á Davenant, en 1673; á James Miller, en 1737. *Cymbelina* fué hecha nuevamente 4 veces, lo mismo que *Coriolano* y *Timon de Atenas*.

En el siglo XVIII las bromas obstinadas de Voltaire concluyeron por producir en Inglaterra cierta reacción. Garrick, apesar de hacer alguna correccion en las obras de Shakespeare, las representó, confesando que eran de él. Se reimprimieron en Glasgow. Un imbécil, Malone, comentó sus dramas, y, lógico en eso, hizo blanquear su sepulcro. En ese sepulcro hay un busto, tal vez muy poco semejante y hecho sin arte alguna, pero muy venerado por la sola razon de que es contemporáneo de Shakespeare. Todos los retratos conocidos hoy del autor de Hamlet y Otelo son copiados de aquel busto. El busto fué blanqueado, lo hemos dicho. Malone, crítico y blanqueador de Shakespeare, cubrió pues su cara con una mano de cal y sus obras con cantidad de sonceras.

A. V.

Tipos populares.

DON LUIS.

El personaje de cuyas condiciones fisico-morales una muestra vamos á parafrasear, diz que fué mecido en una historiada — envuelto en pañales de cambray y amantado y estrujado, por noble pecho y caridoso anhelo.

Le encontramos de sopeton en la edad florida, asiduo concurrente á los garitos y casas de vida no ejemplar — Con la mas inocente de sus travesuras, habria querido en ganarse su biografía, el mas consumado calavera — Por, quitame estas pajas, armaba una pendencia é introducía la grita y el desórden, en pacífico fandango, bochinche ó trapisonda.

Si por acaso en su ronda nocturna, buscando la ocasion tropezaba con un velorio — cosas de aquellos tiempos, en que los morenos preuldiaban á su libertad, vendiendo macetas de pajuclas, anafres y otras artimañas, por las ca-

(1) Gilles, apellido vulgar y ridiculo en francés.

lles no pavimentadas de nuestras ciudades en embrión — Si por acaso, decíamos, el protagonista de nuestro caso — ya sabeis que caso, no es cuento — tropezaba con un velorio, imposible le era resistir á la tentacion — profana tentacion! — Je transformar la gravedad del acto, en zambra y disparate — Y no resistia, pues proclamaba la ley de su alvedrio, por do quier el temerario sus pasos guiaba, sin destino ni concierto.

A veces sucedia, que algun alcalde, avinagrado y grusion, su floja autoridad queria imponerle, pero en casos tales, la sorpresa de D. Luis, se manifestaba en su pupila con tan feroz energia, que hacia cantar al alcalde la palinodia.

El tal hombre habia tomado su asiento en la primer grada de la escala social — es decir, en la grada inferior, y con frecuencia decia que no se tomaba la molestia de subir á lo alto, por que el aire de allá arriba le asfixiaba, pues era una atmósfera impregnada de vapores densos que no dejaban ver al hombre mas allá del estrecho recinto de sus aspiraciones personales — aspiraciones, que le unían al yugo servil de las preocupaciones — así llamaba él á las convenciones sociales de cierto caracter — no por virtud, decia, sino por calculo — no por calculo honesto, sino por egoismo.

La fracción humana en cuyos rangos se habia afiliado, le apreciaba ó le temia — dos impresiones, que igualmente le lisonjaban — dualismo heterogeneo que producía efectos idénticos de positivismo.

Generalmente vestia tal mal y llevaba sus ropagas, á veces en girones, con desenfado tal, que representaba valientemente al D. Cesar de Bazan, tipo dramático inmortalizado por Victor Hugo y descripto en este bellísimo distico:

Pis delabré que Job et plus fier que Bragance,  
Draptant sa gueuserie, avec son arrogance.

Si, el calavera, el perdonavidas, el bravo, vestia tal mal generalmente, como es posible vestir, por decirlo en dos palabras — Ni podia ser de otra manera, pues, si por acaso y sin meternos á investigar su origen, en día crudo de invierno, se hallaba arrebujado en capa, capote ó poncho de confortable contacto, lo partía á no dudarlo, no con Dios, que no era hazaña, sino con el primer desvalido despechugado, que se le pusiera delante.

Jamas comia á mesa tendida con manteles en apartado aposento — lo hacia de pié parado ó en la plaza ó en la calle y siempre ó casi siempre encontraba la ocasion, y no era extraño pues no la desperdiciaba, de compartir su racion — Como lo veis, era soldado antes de serlo, pues los soldados así lo hacen, magter que el hambre ó el frio los aqueje.

Como tenia cosas de soldado y no de hombre de pró — lo que es estos, y refiriendonos á generalidades, no se fijan en esas miserias, como lo hacia cierto hombre de estado, lustre y honor de los anales patrios, cuyo nombre, la historia se encargará de consignar en sus páginas timbradas — como tenia cosas de soldado, repetimos, un día le ocurrió sentar plaza en la guardia cívica, cosa á que estaba obligado y de la cual, no podemos decir por qué hasta entonces se hallaba exonerado.

Sentó pues, plaza de soldado en la guardia cívica y lo habria hecho en un cuerpo veterano, sin el rigor de la disciplina á que no se avenia la independencia de su caracter — En la guardia cívica, era otra cosa — Allí, sujetándose voluntaria y resueltamente al cumplimiento de ciertos deberes de servicio intermitente, estaba seguro de

adquirir la superioridad que emana del cumplimiento del deber — En el ejército de línea no, pues al soldado se le impone obligacion, en cuyo cumplimiento, tiene que hacer abstraccion absoluta de su voluntad, lo cual, es de muy distinto caracter y en lugar de fecundizar, mata en germen todo instinto de dignidad y noble aspiracion.

Los calcños de D. Luis recibieron la sancion de los hechos, pues á pesar de repetidos lances desenfrenados, golpes de autoridad con que él equilibraba sus horas de sumision cívica y aun quizás por ellos, luego se vió respetado y condecorado, primero con la escudaría y con la ginetá despues, lo que le daba en la compañía el anhelado título de primero.

Ya debéis suponer que la tal guardia cívica estaba en servicio activo por una de esas emergencias cuyo número, al mas perseverante compilador de crónicas, desafiarnos á que determiné — emergencias, que no son otra cosa, que agitaciones de las infancias sociales, correspondientes al movimiento febril de los seres orgánicos, para favorecer y precipitar su desarrollo.

Esto sentado, debemos creer y nos convenceremos de ello, que no le faltaron á D. Luis las ocasiones para poner de manifiesto la energia de su temple, en paleonques, no solo mas estensos, sino por eso mismo, mas autorizados, que aquellos en los cuales, estaba habituado á lucirse preponderante — No, no le faltaron y tanto y tambien lo hizo, que llegó á merecer que su propia compañía, en cierta línea despejada de enemigos á fuerza de valor y de armamento, le proclamase su teniente, entre victores entusiastas y prodigándole el renombre lisonjero: de heroico campeón de las instituciones consagradas.

Si, así lo hicieron y si esos bálsamos morales, son de eficacia bastante para aliviar los dolores físicos, mucho bien debieron hacer al heroe del presente, tuno y pendenciero del pasado — Decimos esto, por que su rostro á partir de la sien derecha, estaba cruzado por enorme cuchillada que dividiendole en dos la nariz iba luego á perderse bajo la carretilla izquierda, haciendo honor por su profundidad, á la bien cortante reja que tal surco habia razgado.

Su gefe le preguntó: « Quién le hizo á usted eso Don Luis? »

El laureado contestó: « Sobre el sepulcro olvido y caridad! »

Para conmemorar los combates del género de aquel, en que fuera timbrado el rostro de D. Luis y exaltado su rango, no se dan medallas, ni cordones de honor — Bien calculado, á que fin? La distincion oficial, puede ser arrollada por la corriente de las cosas y perderse en el abismo de los tiempos, pues no representa una gloria nacional — Esa distincion, puede ser tambien estigmatizada por el pudor, que no quiere perpetuar el hecho, que en acto primo cacheteó la mequilla del hermano — Pero el simbolo material de la locura, . . . . . ese, como á D. Luis, . . . . . á todo batallador lo acompaña hasta la tumba. . . . .

Veinte años despues — D. Luis contaba medio siglo de existencia — Veinte años despues, D. Luis, en el momento de la dispersion de los elementos de su ser, decia á su confesor:

« Padre! he hecho muchas cosas en mi vida, cuyo recuerdo me entristece — pues bien; todas ellas no oprimen á mi conciencia con la mas minima parte del dolor que hoy resiento, por haberme hallado en sitio donde éste fúnebre recuerdo me fué impreso! »

Al decir esto, apoyó el dedo en la electricity que le desfiguraba el rostro, dejó caer su cabeza y espiró.

El sacerdote le puso la mano sobre la frente con ademán solemne y dijo conmovido:

« Duermes en paz? La gracia, inocundose en tu espíritu, le inspiró en ese dolor augusto y te absolvió de toda culpa! »

RODOLFO.

LA HOSTERIA DEL ANGEL GUARDIAN.

Traducida del francés.

XVIII.

LAS AGUAS.

Despues de haber comido algo de prisa, fueros á tomar sus billetes, y el general reconoció al soldado que habia visto la víspera en el Angel Guardian.

Tres billetes, Montier, tres de los primeros! exclamó el general.

Montier le pasó dos y guardó uno, sin comprender el motivo de esta nueva fantasia del general. Este dió uno de los billetes al soldado, que le seguía de cerca; el soldado llevó la mano al kepí y dió las gracias al general, mandándolo. Subieron los tres en el mismo wagon, Montier habia ido en expedicion á descubrir y guardar los tres asientos.

Durante el camino, el general hizo amplio conocimiento con el soldado, que como él habia estado en la campaña de Crimea; la reserva política del soldado, sus respuestas claras y modestas, su aspecto honrado é intelijente agradaron mucho al general, que tan espontáneo como estremado en sus simpatías resolvió tomarlo á su servicio á cualquier precio habiendose impuesto de que era libre no tenia ocupacion y se hallaba sin recursos pecuniarios. El viaje pasó sin acontecimientos notables, á no ser alguna que otra discusion del general con los empleados, con los vecinos del wagon, ó con los muchachos que servían á la mesa. Se concluía siempre por reir del él, y por ganarse una pieza de oro, una fruta ó un vaso de champagne y tambien por una invitacion que les dirigía para visitar sus dominios de Gromiline, cerca de Smolensk . . . . . cuando dejara de ser prisionero.

Llegaron á las aguas de Bagnoles cerca de Alencon. Resuelto el soldado á retirarse solicitó la venia del general.

— Como! Por qué queréis dejarme? Os he infundido acaso alguna ofensa? Me hallais tan ridiculo que no queréis quedaros conmigo?

— De ningún modo mi general; pero teme haber sido indiscreto aceptando todas vuestras bondades, y . . . . .

— Y para mostrarme vuestra gratitud me dejais plantado acá como un viejo inválido que para nada sirve. Gracias, querido, mil gracias.

— Mi general, yo seria muy feliz en permanecer á vuestro lado.

— Entonces, quedaos; que diantre!

El soldado miraba con aire de indecision á Montier, que contenía una sonrisa y le hacia señas para que aceptara. El general los observaba, y antes que el soldado hubiese hablado le dijo:

— En hora buena! está bien. Quedaos á mi servicio, os doy cien francos por mes, y pagaré vuestros gustos . . .

Que es esto? No estais contento? Entonces aumento: doscientos francos por mes.

— Es demasiado mi general, demasiado; alimentadme y pagad mis gastos; esto será bastante para mi.

— Que es lo que decís señor! Me tomáis por un usurero? He procedido con alguna mezquididad á vuestra vista? Con qué derecho pensáis que me hago servir de valde por un valiente soldado, que lleva la medalla de Crimea, que por cierto merece cien veces mas lo que lo ofrezco, y de quien tengo una necesidad urgente pues que me encuentro sin ayuda de camara, viejo, gastado, herido, áspero, fastidioso insoportable? Preguntadme á Moutier — que se vuelve para reir; el os dirá que todo esto es la pura verdad. Responded Moutier, aseguradlo á este valiente muchacho.

— No creais una palabra de lo que os dice el general mi amigo, y entrad con confianza á su servicio; pues nunca encontrareis un amo mejor.

— Deberia reprenderos por vuestra impertinencia, pero haceis de mi lo que queréis. Vamos á buscar un alojamiento para los tres. Como os llamais? añadió volviéndose al soldado.

— Jacobo Derigni, mi general.

— No puedo llamaros Jacobo, porque os confundiria con mi amigo Jacobo; seréis pues, Derigni, para mi como para Moutier.

• Llegaron al gran hotel del establecimiento. El general tomó por un mes el mejor aposento en el piso principal, y se instaló en él con su comitiva.

El mozo de servicio lo preguntó si era preciso ir á buscar el equipaje. El general mirándole con sus ojos grandes y malignos, y sonriendo le dijo:

— Traigo todo mi equipaje con migo; buen muchacho, os causa esto sorpresa? y sin embargo es así.

— Y... estos señores? ...

— Estos señores hacen parte de mi séquito y no están mas habilitados que yo.

El mozo miró al general con desconfianza y salió sin decir palabra. El general, sospechando lo que iba á suceder se frotaba las manos y se reía. Pocos instantes despues entró el posadero con aire grave saludó lijramente y dirigiéndose al general:

— Señor: le digo, se ha cometido un error al indicarnos este hermoso aposento: está tomado y no podeis quedaros en él.

— Cierito? Y sin embargo, me quedaré aqui; si señor, me quedaré.

— Pero señor, es que está tomado de antemano.

• Esperaré á que venga la persona en cuestion, y me arreglaré con ella; mientras tanto quedaré aqui pues que ya estoy aqui.

— Señor cuando no se trae equipaje, se paga adelantado.

El general miró á Moutier le guiñó el ojo, fingió haberse turbado y se rascó la cabeza.

— Señor, dijo no estoy habituado á semejantes condiciones; nunca he pagado adelantado.

— Señor, respondió el huesped con aire impertinente es que las personas que no tienen equipaje tienen muchas veces la costumbre de no pagar el todó, sino lo hacen adelantado.

— Pero señor, esos serán ladrones.

— No digo que no, señor.

— Lo que quiere decir, que me tomáis por un ladrón.

— Yo no le he dicho.

— Pero es claro que lo pensais señor.

El huesped calló. El general se colocó á seis pasos de él, y mirándole fijamente le dijo:

— Señor, sois un insolente, soy un hombre honrado, soy el conde Dourakin, general, prisionero sobre su palabra, y tengo seis mil rublos de renta; ved mi cartera forrada de billetes de á mil francos, (y le mostró la cartera) ved tambien mi saco (y sacó el saco del bolsillo de Moutier) os hubiera pagado vuestro cuarto el doble de lo que vale, señor, y lo hubiera pagado adelantado, un mes entero, y ahora no tendreis nada; porque voy á alojarme á otra parte. Venid Moutier; venid Derigni.

El general se caló su sombrero frente á frente del posadero, que estaba absorto y desconsolado; — dió un paso para salir y el posadero le detuvo.

— Queréd excusarme, señor conde. Estoy sin consuelo; cómo adivinar? Mi mozo me dijo que no teniais una camisa de repuesto. El año pasado, he sido robado por un pretendido conde austriaco, que habiéndose fugado, me causó una pérdida de mas de dos mil francos. Perdonadme señor conde; pobres posaderos somos engañados con tanta frecuencia; si señor conde, tened en cuenta mi pesar y mi arrepentimiento.

— Pesar de no embolzaros mis piezas de oro, mi buen hombre, eh?

— Estoy desesperado de que el señor conde llegue á creer....

Vamos, vamos, basta dijo el general riendose — Cuanto cuesta vuestro cuarto por un mes, y el alimento de primera clase, para mi y para mis amigos, que han ser tratados como principes?

El huesped reflexionó y dilatandose su espresion saludó mas de veinte veces al general y á sus amigos como aquel los habia desengañado.

— Señor conde, el aposento, mil francos; el alimento, como el señor conde lo pide, mil francos igualmente, comprendiendo el alumbrado y el servicio.

— Ved aquí dos mil francos, señor. Dejadnos tranquilos ahora.

El huesped saludó profundamente y salió. El general miró á Moutier con aire de triunfo y le dijo riendose.

— El pobre diablo tuvo miedo de que nos fuéramos! En el fondo, tenia razon, y yo hubiera hecho otro tanto en su lugar. Tenemos la presencia de tres caballeros de industria, de decorados ladrones. Tres hombres sin una maleta, sin un paquete, que toman un aposento de mil francos!

— Sin embargo, mi general, podria haber sido mas politico y no hacernos entender que nos tomaba por ladrones.

— Amigo mio, — por eso es que le he causado el miedo que ha tenido. Ahora que estamos alojados, vamos á comprar lo que nos hace falta para arreglarnos convenientemente y surtirnos de ropa blanca y vestidos.

El general salió, seguido de su escolta: no halló en Bagnoles los vestidos elegantes y la ropa que buscaba pero halló lo bastante para darse la apariencia de un hombre bien puesto. Quiso hacer tambien el ajuste de Moutier y Derigni, y les hubiera tomado una cantidad de objetos inútiles, si los dos no se hubiesen vivamente opuesto á ello.

La morada en las aguas se pasó muy bien para el general, que se divertia con todo, que hacia y decia orijinalidades en todas partes, que pedía en matrimonio todas las jóvenes de quince años para arriba, que invitaba á todas

Nuevas esperanzas.

las personas alegres y simpáticas á que fueran á verlo á Rusia en Gromiline, cerca de Smotensh, que comía y bebía todo el dia. Moutier y Derigni pasaron su tiempo con tranquilidad, aunque un poco tristes por que Moutier esperaba con impaciencia el instante de reposar y fijarse para siempre en el Angel Guardian al lado de Elfy y Derigni era presa de un pesar secreto que le minaba y alteraba su salud. Moutier trató de ganar su confianza pero todo fué en vano, por que no pudo obtener ninguna explicacion de este pesar. El general mismo tuvo á bien preguntar. se empeñó, se enfadó, amenazó, pero tampoco pudo descubrir nada de los antecedentes de Derigni. Jamas una falta de servicio vino á irritar el humor turbulento del general; nunca Derigni le faltaba, siempre en su puesto, siempre pronto, servicial, exacto, inteligente, activo; era proclamado por el general la perla de los servidores; por lo demas, indiferente á todo lo que no concernia á su servicio, reusaba el dinero que el general le ofrecia; y cuando este insistia:

— Guardadlo entonces, mi general, le decia; no tengo destino que darle ahora.

Cuando llegó el dia de la partida el general estaba alegre, Moutier saltaba de gozo, Derigni siempre triste y grave.

Partieron al fin despues de los adioses de triunfo con que se despidió el general, que habia esparcido el oro á manos llenas en el h6tel, en los baños y en todas partes.

• Mas de doscientas personas le acompañaron con bendiciones, con ruegos por que volviese y con victores que el general recompensó derramando en cada mano un último tributo de la fortuna á la pobreza.

(Continúa.)

Poesia.

La composicion poetica que en otro lugar publicamos y que se ha servido dirijirnos nuestro jóven compatriota el Sr. Varela, es digna de que los amantes á este género de literatura le consagren una especialísima atencion.

Con una satisfaccion fácil de comprender notamos en ella una elevacion de ideas que deja muy abajo la rutina, y una gran facilidad de espresion que se concilian admirablemente con la armonia y cadencia del metro.

La lucha encarnizada y perpetua del corazon y la mente, es una fuente de poesia que no se agota, que no ha podido agotar el génio de Cuenca, al beber en sus raudales de inspiracion los mas brillantes pensamientos con que ha adornado su gloriosa corona de poeta.

Si consideramos que la Meditacion, produccion notable bajo todos conceptos, es el canto que entona el poeta en la aurora de su carrera literaria, no podemos menos de augurar un gran porvenir al que tan victoriosamente ensaya su debut.

Reciba el poeta nuestras felicitaciones y el voto que hacemos porque elevándose sobre la atmósfera asfixiante de las pasiones reprobadas, guarde como un envidiable tesoro ese germen dedicado de poesia que alimenta en su seno y que, fecundado por la reflexion y el estudio, ha de esmaltar la pradera de las letras con una vegetacion lozana y vigorosa.

¡Feliz quien como él, para descansar de las rudas fatigas de la vida, material, puede descender al fresco oasis de la poesia!

A. DE V.

Publicamos igualmente otra composicion llena de sentimiento, de inspiracion y de armonia que se nos envia de la otra orilla por un amigo del autor, que es tambien un jóven oriental — Carlos Maria Ramirez — que apenas cuenta diez y seis años.

Eso es verdadera poesia! No hay una sola linea que no destile una delicada idea, porque no hay una sola que no sea una nota herida por el sentimiento y la verdad.

¡Qué ternura tan inmensa y tan poetica la que esas estrofas revelan!

¡Qué filosofia tan bella y tan pura la que se desprende de esos armoniosos y aromáticos versos!

Contempla bien el cielo,  
Reféjalo en la tierra,  
Derrámallo en tu senda,  
Realízalo en el bien!

Saludamos la aurora de un gran poeta en nuestro jóven compatriota Carlos M. Ramirez.

Terminamos esta esclamacion de entusiasmo; alzamos la vista y una nueva esperanza vemos dibujarse en el horizonte de nuestra literatura, un nuevo paladin en la causa de la civilizacion, un obrero mas en el edificio del bien que se inicia y se levanta, un astro nuevo en esa noche de tinieblas que nos circunda.

Vicente Lopez cuenta solo quince años, y en esa edad ya que puede llamarse un niño, alumbró prodijos de inteligencia — Son conocidas varias de sus composiciones, de las cuales se ha ocupado en el tras uno de nuestros colaboradores. Hemos leído tambien con gusto lo que trae la última entrega de *La Revista de Buenos Aires*, titulada — ¡Dios!

Pero ahora nuestro poeta se presenta iniciando una nueva era en la poesia, con un éxito que creemos feliz.

Nos ha favorecido con la traduccion de algunos cuadros de la *Eneida* de Virjilio y damos en este número la del libro IV.

Este género de trabajos es de una gran importancia, y el jóven Lopez debe tener imitadores en las intelijencias que aparecen — Así se forma la escuela del buen gusto, se desarrollan las dotes de la intelijencia, se abre un espacioso campo al pensamiento y se nutre la imaginacion de ideas generosas.

El corazon se expande al leer claro en el porvenir, y una voz secreta nos dice que es nuestro el triunfo en la lucha que sostenemos contra las tendencias del mal.

A. DE V.

ENEIDA

(Libro cuarto.)

TRADUCCION POR V. LOPEZ

Ergo ubi concepti Furias evicta dolore.

Despues que Dido se entregó rendida á las Fúrias, su muerte determina Buscando el medio de exalar la vida A su hermana así le habla enternecida Fingiendo calma su espresion divina.



« Hallé ya el medio y el camino, hermana,  
 « (¡Felicitarme puedes) de que Eneas  
 « Vuelva, ó me libre de pasión insana:  
 « De Etiopia hay un lugar, tierra lejana,  
 « Junto á la orilla que el Oceano baña,  
 « Detrás del cual el sol su rayo esconde:  
 « El fuertísimo Atlante es allí donde  
 « Sostiene las estrellas; y él es solo  
 « Quien afirma en su espalda el ancho polo.

« Revelóseme allí cierta Síbila  
 « Que del templo de Hespéride es custodia:  
 « Nacida de las gentes de Masila,  
 « Que al Dragon alimenta. Ella vigila  
 « Y guarda, en las encinas consagradas,  
 « Las verdes ramas, con ritual empeño.  
 « Frescas mantiene las untuosas mieles  
 « Que al monstruo inspiran delicioso sueño:  
 « Me ofrece en su pronóstico la calma,  
 « Y de nuevo el placer traer á mi mente:  
 « Sanar me ofrece el gran dolor de mi alma;  
 « Y en otros trasmutar la fiebre ardiente.  
 « Detener de los ríos la corriente,  
 « Atrás volver del Astro el raudó coche,  
 « Y los mares cubrir en negra noche.  
 « Muñir bajo tus piés verás la tierra  
 « Y los olmos del monte descendiendo;  
 « Testigos son los Dioses, y tú, hermana,  
 « Que tal me oprime el bárbaro destino  
 « Que en las májicas artes debo, insana,  
 « Encontrar mi salud y mi camino.

« Levanta en lo interior ingente pira  
 « Y pon encima las lucentes armas  
 « Que olvidadas dejara el en su lecho:  
 « Tálamo vil, despojos deshonrosos,  
 « Donde fué con mi honor el satisfecho:  
 « Do el decoro tambien dejó deshecho!  
 « Así me ordena la Sibila santa  
 « Abolir del varon reliquia tanta.

« Calló Dido: y su rostro demudado  
 « En pálido se torna, torvo, airado.  
 « Ana noteme, nó, ni desconfía  
 « Que muerta sea y bárbaro holocausto  
 « Lo que Dido medita, no veía  
 « La ofrenda que ella oculta; en nada piensa,  
 « Pues solo concibió que el himeneo  
 « Quería renovar, fiel á Siqueo.

« La reina en tanto, á la encendida hoguera  
 « En los sitios internos levantada  
 « Colma con ramas secas y madera,  
 « Y con lauros fuéresos la corona.  
 « No ignorando la suerte venidera  
 « Pone encima los restos y la espada  
 « Que allí dejó el varon abandonada;  
 « Su retrato tambien allí coloca,  
 « Y se apresta á morir con saña loca.

« Viendo ya ella las aras levantadas,  
 « Cual la Sibila de furor poseida,  
 « Se adolanta soltando sus cabellos:  
 « Trescientas voces llama á las deidades,  
 « Y al Erebo y al Caos dá su cuello,

« Invocando á la triple Proserpina  
 « Y de Diana tambien el rostro bello:  
 « Esparece el jugo con su propia mano  
 « Que simula las fuentes del averno.  
 « Traer manda despues mugro florido  
 « Recojido á la Luna, con la azada  
 « De acero fuerte y bronce fabricada:  
 « El líquido de amor busca en la frente  
 « Del potrillo á la madre arrebatado  
 « Aun no bien las entrañas ha dejado.

« Ella misma se acerca á los altares  
 « Con sus manos piadosas se descalza,  
 « Corta del pié las muelles ligaduras  
 « Y desata sus anchas vestiduras:  
 « A los dioses invoca: que á su muerte  
 « Atiendan, y á los astros sabedores,  
 « Si es que existe algun Dios que esa su suerte  
 « Compasivo contemple y sus dolores.  
 « Y vea que no es justo que á un malvado  
 « Del condigno castigo salve el Hado.

« Era la noche, y los cansados miembros  
 « De un plácido sopor todos gozaban:  
 « Los mares y las tierras se velaban  
 « Y emprendian los astros su carrera.  
 « Todo en el mundo silencio era:  
 « El ganado y las aves esmaltadas  
 « Callaban en el campo; y los vivientes  
 « De la mar y las tierras dilatadas  
 « En el sueño apacible se olvidaban  
 « Del trabajo y de todos los cuidados  
 « Que piden el cultivo y los arados.

« Dido infeliz empero no podía  
 « Gozar del sueño ni cerrar los ojos:  
 « Sus cuidados aumentan sus enojos:  
 « El amor la enfierece en su tormento,  
 « Y en su ira toma desmedido aumento.  
 « Demente, exasperada, la infelice  
 « Estas cosas atónita se dice:  
 « ¿Qué haré ahora? de nuevo, avergonzada,  
 « ¿Esposos pediré menospreciados?  
 « ¿Rogaré á los Nomádes, humilhada,  
 « ¿Despues que altiva rechazé su enlace?  
 « ¿Seguiré del troyano aguesa escuadra  
 « Cual vil esclava de su ley odiada?  
 « Habré de recordarle los favores  
 « Que les hice en mis reinos y en mis puertos  
 « Combatiendo del hado los rigores,  
 « Brindándoles la paz y los conciertos?  
 « ¿O loca! cómo hacerlo aunque quisieras?  
 « Como piensas hallar, Dido, un amigo,  
 « Y entre tanto altanero dulce abrigo?...  
 « Perdida estoy!... Muy tarde he conocido  
 « La malvada perfidia de esa mano  
 « Que grata alarga — el baron Troyano.  
 « ¿Qué hacer? con esos que huyen placenteros  
 « ¿Teme sola?... ó tomar todos mis Tirtos  
 « Que ayer apenas de Sidon salieron?  
 « Y fieles socios de mi suerte fueron?  
 « Mas bien morir! ¡Así lo has merecido!  
 « Salga el dolor con hierro encredado.  
 « Tú fuiste, hermana, fuiste la primera  
 « Que con blandos alhagos me escuchara

« Traer á mi labio mi pasión sincera:  
 « La que, en mí mal, á mi enemigo diera  
 « La ocasión de violar mi fé y mi lecho  
 « Al favor de este fuego de mi pecho.  
 « No me há, no, permitido airado el cielo  
 « Ni aquello que á las fieras ha dejado —  
 « Del dulce tálamo el fúgoso consueño.  
 « Hoy mi castigo con mi crimen veo —  
 « Violé la fé que prometí á Siqueo!

« En tanto Eneas, en su exelsa popa,  
 « Ya cierto de marchar, gozaba en sueños,  
 « Cuando un ser celestial con áerea popa  
 « Que volvia de nuevo, así le dijo:  
 « Y al Troyano estas cosas le predijo.  
 « Era en todo á Mercurio parecido,  
 « En su voz, su color, y su cabello.  
 « Vivido el ojo en juventud henchido:  
 « ¡Oh hijo de la Diosa! ¿como puedes  
 « Gozar en este caso de los sueños,  
 « Y en tan grandes peligros, atreverte  
 « A dormir? ¡oh demente! qué, no escuchas  
 « Cómo soplan los zéffros suaves?  
 « ¿No escuchas pues? no miras? nada sabes?  
 « Ella con dolos y maldad airada  
 « En su pecho revuelve mil rencores,  
 « Y en su fuerte pasión desencufrenada  
 « Fluctúa furibunda en sus ardores.  
 « Pues que pueras huir, marchate pronto!  
 « Que con guerras va á ser alborotado  
 « Presto, muy presto, el peligroso ponto:  
 « Voraces llamas destruirán tus naves  
 « Si te llega á encontrar la nueva aurora  
 « En este sitio, con fatal demora.  
 « Deshecha la pereza!... Parte pronto  
 « ¡Teme! que es la mujer vária y traidora.

« Así habló: y en la sombra que la envuelve  
 « La sombra tenue y rauda se disuelve.  
 « Al verse el padre Eneas provocado  
 « Por la vision nocturna, se levanta,  
 « Y no bien de su sueño despertado  
 « A sus socios inquieto se adelanta.  
 « — Despertad, ó varones, daos prisa!  
 « La marcha nos impone ya el destino:  
 « Soldad las velas á la fresca brisa  
 « Pues que un Dios desde el cielo me previno  
 « La fuga apresurar, y las entenas  
 « Cortar, abandonando estas arenas.  
 « Cualquiera que tú seas ¡Ser divino!  
 « Obedientes tomamos el camino:  
 « Impuestos de tu ley, vamos sumisos  
 « A llenar tu mandato; haz que sus huellas  
 « Nos muestren favorables las estrellas.

« Dijo; y saca la espada fulminante  
 « De la vaina, cortando las entenas:  
 « El mismo ardor en todos anhelante  
 « Los esfuerza á dejar ya las arcenas.  
 « Cubren el mar las naves, ardorosas  
 « Hienden las aguas con su prora osada.  
 « Y á las hondas se lanzan borrascosas.

« Ya con su lumbré la primera Aurora  
 « El ígneo techo de Tifón dejaba

« Cuando loca la Reina divisaba  
 « La escuadra navegando á toda vela.  
 « Ve solas las orillas, y aquel puerto  
 « Sin niugun marinero. Al cielo apela  
 « Y muchas veces en el pecho yerto  
 « Se lastima con furia exasperada:  
 « Sus cabellos dorados se arrebatá  
 « Y así maldice la partida ingrata.

« Por Júpiter eterno! este malvado  
 « Así se há de escapar de entre mis manos!  
 « Y habrá con calma mi poder burlado?  
 « Las armas no alzaré yo con los míos  
 « Para quemar sus pérdidas navios?  
 « Hola! escuchad: llevad fuegos insuños  
 « A las naves: largad, largad las velas:  
 « Los remos ajitad: y... ¿Porqué hablo?  
 « ¿En donde me hallo? ó cual locura  
 « Cambia mi vaga y desgraciada mente?  
 « Infeliz Dido! en caliz de anargura  
 « El cielo ha caído sobre tí, demente.  
 « Ahora ya es tarde para ruegos tales  
 « Que sordos son á tí los inmortales.  
 « Mirad si es ésta fé la prometida  
 « De aquel que lleva los Penates, pío,  
 « Y que en sus hombros rescató la vida  
 « De su padre cansado ¡ó cruel impío!  
 « No pude yo tu cuerpo aborrecido  
 « Despedazar? ¿ni en los profundos mares  
 « Arrojarle? ni á Ascanio, en paz dormido,  
 « Matarle á mi puñal, y eu los manjares  
 « Paternales ponerlo entutecido?...  
 « Pero entonces, tambien yo me expondria...  
 « Y qué importa morir?... sucumbiria!  
 « — Los fuegos llevaria al campamento,  
 « Y en ver arder sus tiendas gozaria:  
 « Y al padre, al hijo, con furor sangriento,  
 « Y á todo su linaje, materia!

« ¡Oh sol! que alumbra con tu exelso rayo  
 « Las obras todas del inmenso mundo,  
 « Y tú Juno, tambien, diosa divina,  
 « Que mi dolor reconoces tan profundo:  
 « Tú tambien, oh evocada, Proserpina,  
 « En la nocturna ceremonia santa,  
 « Furias que Elisa, la deidad, levanta,  
 « Estas cosas, oíd: y las traidoras  
 « Maldades apartad: oid mis ruegos:  
 « Y plegue que calmeis tan grandes fuegos!  
 « Si fuese necesario que el máldito  
 « Tocase el puerto y que llegase á tierra,  
 « ¿Y si el hado de Jove así lo ha escrito —  
 « Así sea su fin: y no prosiga,  
 « Y que un pueblo soberbio per la guerra  
 « De sus lares lo arroje y lo persiga:  
 « Vedado sea del querido abrazo  
 « Del niño Ascanio y el auxillo extraño  
 « Implore alenemigo: el triste acaso  
 « Vea tambien de su humilhado bando,  
 « Y tiemble en una paz avergonzada  
 « Bajo leyes inicuas: ni en su mando  
 « Pueda gozar de vida sosegada:  
 « Antes bien, que de pronto derrocado  
 « Y entregado á dolores y tristura  
 « Caiga ante el sol, sin nombre y sepultura!

« Este ruego, esta voz — mi último aliento —  
 « Pido con sangre, en ella mi alimento.  
 « Vosotros, Tirios, ejerced entónces  
 « La fiera rabiá con furor eterno  
 « Que yo también, con aterrante risa,  
 « Sepa agostosa en el averno:  
 « Ningun amor tengais : cosa ninguna,  
 « Ni alianza ni amistad, ni tregua alguna.

« Altivo vengador de nuestros huesos  
 « Ha de salir ¡oh sí! que en la faz hiera,  
 « Con el hierro, á los Dardanos Colonos,  
 « Sus frentes derrocando hoy altaneras.  
 « Y ahora, y siempre, ambas fuerzas incansables  
 « Se choquen con furor : y las riberas  
 « Contrarias á las otras siempre sean :  
 « Las olas con las olas arrogantes  
 « Se deshagan con furia : esto deseo !  
 « Contra ejército, ejércitos peleen,  
 « Y nunca, nunca, permanezcan quietos,  
 « Y peleen sin fin hasta los nieves!

Agosto de 1863.

**Meditacion.**

¿ Quien mueve al corazón, cuando se agita  
 Loco de amor, sediento de ventura,  
 Buscando en la mirada candorosa  
 De la mujer que cautivó sus fibras,  
 Algun rayo de luz que le ilumine  
 Y que su amor aliente.  
 Prestándole calor, como lo presta  
 A la agostada flor, el sol ardiente ?

¿ Por qué en lucha continua  
 Viven el corazón y la cabeza ?  
 ¿ Por qué el grito del alma enamorada  
 Encuentra siempre frío al pensamiento,  
 Sin que jamás alcance.  
 El rayo bienhechor de la esperanza  
 A ahogar la voz de la razón severa  
 Que nos dice incansante :  
 « Haz que en tu pecho el sentimiento muera ? »

Esta lucha titánica  
 Del sentimiento natural del hombre  
 Que nos incita á amar, con la cabeza  
 Que nos pinta de negro colorido,  
 Los cuadros mas hermosos  
 Que forja el corazón, si la esperanza  
 Con su cándida luz nos ilumina,  
 Dándole á todo sonrosado tinte  
 Como el sol con su lumbré matutina,

¿ No es la lucha gigante, que sostiene  
 El alma con el cuerpo ? ¿ No es la idea  
 Del creador, sublime, la que encierra  
 El corazón, cuando de amor palpita,  
 Y que la mente encarecer pretende.  
 Entre la trama vil de la materia,  
 Ansiando loca en su insaciable anhelo  
 Que sobre Dios triunfando, nuestra mente  
 Nuevo Satan, se bata con el cielo ?

¿ No es acaso una chispa desprendida  
 Del sublime señor, que de su trono

Con su mano potente el mar sujeta,  
 Lo que se llama amor ? No es un recuerdo  
 Que guarda el alma del perdido cielo ?  
 ¿ No es un rayo de luz, que entre las sombras  
 Brilla, de la existencia,  
 Como brilla, después de la tormenta,  
 Del polo entre la nieve,  
 La aurora boreal, que el cielo argenta ?  
 Pero, ¿ es un beneficio, el que nos hace  
 Ese Dios, que, impassible,  
 Contempla el sufrimiento de este mundo.  
 Cuando nos dá el amor ? No será, acaso,  
 Para hacer mas horrible la existencia,  
 Que nos presta esa luz, que si un momento  
 Ilumina la vida,  
 Desaparece luego  
 Y nos deja en el alma eterna herida ?

Pero existe el amor ? Y aun existiendo  
 ¿ Es puro, es sacrosanto, cual presente  
 El corazón cuando de amor palpita ?  
 Si es un recuerdo que en el alma queda  
 Del cielo que perdimos ; porqué, entonces,  
 Es imposible amar, sin que encontremos,  
 Una mujer en quien se lije el alma ?  
 Y si es tan inocente  
 Como el hombre en sus sueños lo imagina,  
 ¿ Porqué siempre va unido  
 A ese cariño que de Dios llamamos,  
 El desco incansante  
 De poseer á la mujer que amamos ?

Perdon, Señor, si un átomo á lo meos  
 De esa impiedad fatal que, al hombre invade,  
 Se abrigara en mi alma ! Es que perdido,  
 Al cruzar los senderos de la vida,  
 He sentido mi alma hecha pedazos,  
 Y me acobarda mi dolor profundo !  
 ¿ Qué pie no ha resbalado,  
 Y quien, Señor, no tropezó en el mundo ?

Perdoname Señor, si el fuego santo  
 Que pusiste en mi pecho, un solo instante,  
 Loco, desconoci — Mi amor y mi alma  
 Son tan puros, Señor, como ese cielo  
 Do tu grandeza y tu poder revelas :  
 Pero ni un eco, encuentra mi cariño  
 En la mujer que adoro :  
 Por eso me anonado,  
 Y de dolor y de tristeza lloro !

¿ En qué noche, por lóbrega que sea,  
 No brilla entre las sombras una estrella ?  
 Así en mi alma que el dolor abate,  
 Entre las sombras del pesar, intensas,  
 Con una luz que, próxima á extinguirse,  
 Lanza apenas un pálido destello,  
 Brilla de la esperanza el faro hermoso  
 Que nos presta el Señor, como un consuelo.  
 ¿ Bendito sea aquel que dentro el pecho  
 Ha puesto la esperanza,  
 Que nos presta al nacer su luz querida  
 Y que aun vierte su lumbré bienhechora,  
 Al bajar el ocaso de la vida !

1863.

PEDRO J. VARELA.

**A mi hermano,**

CON MOTIVO DE SU CASAMIENTO.

Hérmamo, escuchadme :  
 Aun no he recibido  
 La luz que dan los años,  
 La luz que dá el pensar ;  
 Pero en mi sien ya vagan  
 Los sueños de la mente...  
 Yo puedo mis rodillas  
 Posar ante el altar.

Yo puedo, fervorosas  
 Alzar hasta los cielos  
 Mis preces, en las naves  
 Del templo del amor :  
 El templo majestuoso  
 De rezos en suspiros,  
 El templo de las almas,  
 La casa del Señor.

Hermano : la ventura  
 Sublime de la tierra  
 Con perennales flores  
 Tus sienes va á adornar.  
 El bueno de los buenos,  
 Un ánjel te ha donado  
 Para cernir sus alas  
 Sobre el bentito hogar.

Te espera la ventura ;  
 María está á tu lado,  
 Reflejo de los cielos,  
 Promesa del Eden.  
 María, cuya frente,  
 Tan pura, tan humilde,  
 Irradia esplendorosa  
 La magestad del bien !

Las olas irritadas  
 Del Plata, te afrojaron  
 Del suelo de la patria,  
 Luctuoso el corazón ;  
 El viajador perdido  
 En procelosos mares,  
 Un mundo ha descubierta  
 De eterna bendición.

De hoy mas en adelante,  
 Jamás las negras nubes  
 Con su siniestra sombra  
 Tu cielo cubrirán ;  
 Un punto luminoso,  
 Una perenne estrella  
 De luz radiante, siempre  
 Tu cielo alumbrará.

En las ardientes luchas  
 Doude la sangre corre,  
 Donde naufraga el alma  
 En el sangriento mar,  
 María, como un ánjel  
 De paz y de bonanza,  
 En sus etéreas alas  
 Tu vida salvará.

Si al fin desfalleciente  
 Cayeras en sus brazos,  
 De todo renegando,  
 Bañada el alma en miel,  
 María con sus mimos  
 Calentará tus sienes,  
 Refrescará tu espíritu,  
 Te inspirará la fé.

Para inspirar lo bueno,  
 Para inspirar lo grande,  
 Jehová depositará  
 Cual faro de salud,  
 En la mirada tierna  
 De la mujer amada  
 La luz del sentimiento  
 Y el fuego de la luz.

Si sigues ese faro  
 En la azarosa vía,  
 Allí la vista inmobile  
 Allí tu corazón,  
 Jehová desde los cielos  
 Contemplará el camino.  
 Supremo sacerdote  
 Dará su bendición.

Y tú, gentil María,  
 Que tienes de la aurora  
 Los tintes misteriosos,  
 Las sombras y la luz ;  
 Que tienes en el alma  
 Aurora mas divina,  
 De cándidos amores  
 De tierna juventud.

Escucha mis acentos :  
 Es cierto que abandonas  
 La calma deliciosa  
 De tu apacible hogar.  
 Empero no te aguardan  
 Con el incierto viaje  
 Ni mares ajitados  
 Ni ruda tempestad.

Te esperan sí, sonriendo  
 Las aguas arjentadas,  
 Los lagos de Venecia,  
 Los cielos del amor ;  
 Las brisas perfumadas  
 De las serenas tardes,  
 Del tropical palacio  
 Las flores y el calor.

Escucha mi piegaria !  
 Al recorrer los lagos,  
 Arranca de los bordes  
 La flor mas divinal.  
 Con mano cariñosa  
 Arrojala al doliente,  
 Al pobre, al perseguido  
 Que es víctima del mal.

No basta ser dichoso,  
 Nadar entre los bienes,



Llevar de luz bañada  
La venturosa sion.  
Contemplen el cielo,  
Reflejo en la tierra;  
Derrámalo en tu senda,  
Realízalo en el bien.

Sé tú como su día,  
Que tiene el sol fulgente,  
Que es bello y magestuoso,  
Dá luz y dá calor.  
Sé tú como su noche,  
Tan bella la mirada!  
Tan fresco su rocío  
Para bañar la flor!

Y al fin de vuestros pasos,  
Hermanos adorados,  
La union allá en el cielo  
Continuará el señor.  
Tendreis entre los hombres  
El brillo de los buenos;  
Tendreis entre los ángeles  
Espléndido falgor!

\* CARLOS MARIA RAMIREZ.

Octubre 8 de 1884.

### Las obras del Sr. Bonifaz.

Nos consta que este antiguo y estimado profesor ha presentado una solicitud al Consejo Universitario para que se tomen en consideración sus obras de enseñanza que hace algún tiempo sometió al conocimiento de la misma institución.

No somos competentes para formar un juicio sobre esas obras, pero ateniéndonos á los resultados de la enseñanza debemos creer que son dignas de un estudio especial de parte de la ilustrada corporación á quien se ha dirigido el Sr. Bonifaz.

Deseamos pues que se analicen cuanto antes y que en el fallo del ilustrado consejo, vea el Sr Bonifaz compensados sus nobles afanes por la educación del pueblo.

A. DE V.

### Diálogo.

— Su periódico es muy simple.  
Diz Facundo á un escritor,  
Y ya de ser suscriptor  
Dejo en la entrega primera.

— Pues qué! dice el periodista,  
¿Juzga usted por una entrega?  
Vale de ciencia una ahega  
El de esa crítica anstera!

Pues vale tanto, Facundo,  
Por su cráneo limitado  
Juzgar lo que en globo han dado  
Todas las ciencias del mundo!

A.

### Compendio de Historia.

Apreció la importante obra del Sr. D. Isidoro De-Maria, que con tanta ansiedad se esperaba.

El compendio de Historia de la República que nos ofrece, supera con mucho á las esperanzas concebidas y fundadas en el modesto título de tan precioso libro.

El Sr. De-Maria rinde un servicio importante á su país y tiene la gloria de haber sido el primero que le ha dotado de conocimientos tan útiles y esenciales á su vida social y política.

El Sr. De-Maria ha registrado todas las obras curiosas y todos los datos que podían derramar luz sobre la época oscura de nuestros primeros pobladores, como así mismo sobre todos los periodos que abraza su interesante libro.

La falta de espacio nos obliga á detenernos aquí, pero llenaremos el deber de ocuparnos detenidamente en el número próximo de tan importante asunto.

A. DE V.

### Almanagues.

Son innumerables las clases de almanagues que se han impreso por la imprenta tipográfica á vapor donde se publica este periódico — Casi todas [las librerías y principales droguerías lo han hecho imprimir, como se demuestra por los avisos de lá carátula.

La imprenta prepara además tres almanagues, dos destinados al pueblo en general, por su utilidad especial y la comodidad de su costo y EL GRAN ALMANAQUE DEL SIGLO, enriquecido con viñetas y con curiosos datos recojidos con inteligencia gusto y contracción durante todo el año.

El Gran almanaque del Siglo anterior que tuvo tanta aceptación y que se ha comprado en gran cantidad, por su contenido curioso, aparte de su aplicación como calendario, responde de las cualidades del que anunciamos y que superará sin embargo al anterior pues contendrá mas de 40 ilustraciones recién recibidas de Paris para este objeto.

### Colaboracion.

Para el número próximo daremos un importante trabajo del Sr. Dr. D. Vicente F. Lopez.

Empezaremos á publicar igualmente la historia de la invención de la imprenta y de su fundador, escrita por Alfonso de Lamartine y traducida para *El Iris*.

Postergamos varios artículos de colaboracion que irán en el número siguiente.

### El bandido.

Estamos ciertos de que nuestros lectores estarán leyendo con interés la historia que con este título hemos empezado á dar desde números atras.

Se alcanza á comprender el pensamiento filosófico del autor, que desarrollará á no dudarlo con la verdad y la elegancia de estilo de que ha dado muestras.

Sentimos que la inteligencia del autor se oculte bajo el anónimo — Trabajos del género del que nos ofrece hacen honor al escritor y á su patria.

### Sumario.

El arrepentimiento, por D. Eliseo F. Outes — El bandido, continúa, por X. — Williams Shakespeare, fin de la traducción de Victor Hugo, por A. V. — Tipos populares, Don Luis, por Rodolfo — La hostería del Anjel Guardian — Poesía — Nuevas esperanzas, por A. de V. — Eneida traducción por Vicente Lopez — Meditación, poesía de Pedro J. Varela — A mi hermano, poesía de Carlos M. Ramirez — Varias materias.